

BUBISHER. UN BIBLIOBÚS CON ALAS

Gracias a ACLEBIM por conceder al Bubisher esta oportunidad. Somos sin duda el más pequeño, el más reciente, el más humilde de los bibliobuses y bibliotecas móviles que están presentes en este congreso. Y, sin embargo, se nos concede este tiempo para hablar de un sueño. Nos frotamos los ojos, tan incrédulos como agradecidos. Y puesto que así los queréis, os vamos a contar un sueño.

Ya no sé ni el año. Hace cinco, tal vez. Dónde, sí. En el colegio San Narciso, de Marín. Allí los niños son solidarios, y tienen un sistema con el que comprender día a día la fuerza de la unidad: juntar cada uno 30 céntimos a la semana para hacer balance a fin de año y decidir qué causa apoyar. El primer año quisieron estar cerca de los niños sordos del Sáhara, a los que habían llegado por un libro que describe la vida y la poesía de un niño Sauri sordo, ElKori. Compraron ya no sé cuántos audífonos nuevos, aliviaron dura existencia de muchos otros Koris. Pero el segundo año decidieron que harían algo para todos los niños saharauis, no sólo para los sordos. Les recordé entonces que la solidaridad internacional se ocupa de que los saharauis no mueran de hambre, pero que son pocos los que se acuerdan de que un pueblo exiliado y acosado internacionalmente tiene pocas probabilidades de sobrevivir si pierde su cultura. Porque la cultura es la base de la personalidad de un pueblo: y lo colectivo es imposible sin el esfuerzo personal. Los saharauis tienen al castellano como segunda lengua, esa es su seña de identidad en un Magreb francófono, y a pesar del olvido y la traición de los sucesivos gobiernos de la democracia española, no renuncian a esa peculiaridad. Sí, al español hablado, porque ¿qué hay del español escrito, de los libros en español en los campamentos? Nada. O muy poco: algunos cientos de libros donados y después abandonados a su suerte.

Unas pocas palabras en pizarras veladas por el uso, el tiempo y el siroco. Este año por fin hemos conseguido (sobre todo Pilar Candela, de la Universidad de Murcia) que el Instituto Cervantes, hasta ahora sordo a cualquier requerimiento para que aliviara la pobreza cultural española en el Sáhara, imprima libros para la enseñanza del español en las escuelas de los campamentos. Por fin. Pero son libros de texto, esos que no tienen el mismo sentido si no se despierta en los niños la necesidad, el deseo de leer.

Ese fue el razonamiento. Los niños del San Narciso dijeron: les mandamos libros, entonces. Imposible, repuse. Las caravanas de solidaridad son muy caras, y las cajas de sus camiones están ocupadas por la harina, el azúcar, las lentejas. Otro chico levantó la mano. Seguramente fue usuario en su aldea de algún bibliobús, porque esa fue la palabra que usó: ¿Y un bibliobús?

Confieso que pensé: imposible. Pero recordé que cuatro o cinco años antes, en la profundidad telúrica del desierto, había prometido a un joven poeta saharauí que lucharíamos juntos para que los españoles dejáramos de escribir sus libros, con nuestra visión distorsionada de su vida y sus costumbres, para que naciera una generación de jóvenes saharauís que escribieran sus libros de narrativa, su poesía, para que pintaran sus cuadros, hicieran sus fotos, dirigieran sus películas. Por eso pensé “imposible”, pero dije “qué buena idea”.

¿Y por dónde empieza esa generación?, me pregunté en silencio. Un segundo después estaba añadiendo: me comprometo a impulsar en vuestro nombre un bibliobús para los niños de los campamentos de refugiados del Sáhara. Podéis imaginar el orgullo que siento ahora cuando veo la puerta del Bubisher, en la que se lee una firma: “Niños del Colegio San Narciso, de Marín”.

Un pequeño grupo de escritores, Escritores por el Sáhara, tomamos

aquella hermosa utopía como bandera. Y llamamos a todas las puertas. Nuestros nudillos lo pueden atestiguar: el Cervantes, el Ministerio de Cultura, el de Educación, la Biblioteca Nacional. Todo fueron negativas, o en el mejor de los casos evasivas o promesas inconcretas, hasta que en un afortunado cruce de caminos dimos con el parlamentario vasco Txomin Aurrekoetxea que hizo algo que nos parecía imposible por paradójico: que fuera el gobierno vasco del PNV el que donara un camión y lo dotara como bibliobús para que llevara libros en español a los campamentos de refugiados del Sáhara.

Luego, todo fue más fácil. No mucho más, porque la promesa no se hacía acero y ruedas, pero más fácil. Cuando por fin lo tuvimos, pedimos a las editoriales los libros que habían seleccionado dos excelentes profesoras y bibliotecarias aragonesas: veinte ejemplares de cada título de libro pequeño, cuatro de los álbumes más caros. Y hay que decir que, salvo una editorial muy vinculada a Marruecos a través de su periódico diario, todas reaccionaron generosamente, donando los libros con presteza, entendiendo seguramente que nuestro proyecto estaba destinado a un hermoso fracaso, pero participando de ese romanticismo.

Así las cosas, el año pasado, el 5 de noviembre de 2008, cuatro voluntarios nos encontramos por fin con el bibliobús, armado de libros hasta los dientes. Concretamente 1.400 volúmenes nuevos, con libros para primeros lectores, niños y jóvenes. Los habían organizado y clasificado (y todos esos participios que forman parte de la necesaria pero opaca biblioteconomía) doce bibliotecarias de Madrid, algún escritor e incluso alguna editora. Y allí estaban, listos para satisfacer el apetito de libros y cuentos de niños hambrientos de sueños. Eso sí: ante nosotros teníamos un universo desconocido y brumoso, en el que teníamos que aprender a andar. Lo presentamos en la escuela del campamento del 27 de Febrero, sin saber

muy bien hacia dónde nos dirigíamos, sin sospechar siquiera lo que estábamos poniendo en marcha. Porque sólo un proyecto que arranca lleno de humildad puede acabar por convertirse en grande.

Aquella presentación fue posible porque la sociedad civil española colabora con los refugiados en todos los frentes. Y allí, en los campamentos, estaba Antonio Pomares, profesor alicantino, al frente de un precioso proyecto de formación para profesores saharauis de español, Didáctica de la Lengua Castellana, o “Sáhara habla español”, con cuatro profesores formidables, en comisión de servicios. Y ellos fueron los que nos orientaron y nos introdujeron en el complejo mundo del Ministerio de Educación Saharaui, que dirige uno de los fundamentos de su precario estado: educación obligatoria y gratuita, no sexista y laica, para todos los niños y jóvenes de los campamentos. Si admitimos que aquello es un estado, hay que añadir de inmediato que es el único de África que ha conseguido un objetivo tan sencillo y natural aquí, pero tan raro en el tercer mundo. Mientras en los demás países del área magrebí los índices de analfabetismo son pavorosos, sobre todo entre las niñas, en los campamentos la alfabetización, en dos lenguas, es del ciento por ciento.

Nuestro objetivo fue tan ambicioso que ahora da vértigo: visitar todas las aulas de todas las escuelas de los cinco campamentos o wilayas a lo largo del curso. Y contar un cuento en cada una de ellas. Y alentar a los niños para acudir por la tarde al Bubisher, que se convertía así en biblioteca abierta a todas las iniciativas y al préstamo.

Para ello tuvimos muchas manos, pero también un inesperado golpe de suerte: el nombre del Bibliobús. Desde Escritores por el Sáhara habíamos potenciado antes la escritura de poemarios por parte de los jóvenes poetas saharauis en castellano, casi todos provenientes de Cuba, donde habían cursado la secundaria, el bachillerato y la carrera. Uno de

aquellos poemarios colectivos llevaba el nombre genérico de Bubisher. Sabíamos poco de tal nombre, salvo que sonaba bien y que se trataba de un pájaro del desierto, asociado a las buenas noticias para el ganado: lluvia, pastos, muchos camellitos. Ricardo Gómez fue el que sugirió que el bibliobús (o bibliocamión, a decir verdad), llevara aquel nombre. Y resultó que era una de las palabras mágicas: ¡Bubisher, bubisher! ¡Ibesherna, wibesrak biljer”, gritaban los niños al divisarlo: Bubisher, Bubisher, que nos tres y te llevas las buenas noticias... Y lo siguen cantando cada vez que suena su bocina, y acuden a él fascinados por los cuentos, dándose cuenta de que no saber leer es una barrera entre ellos y los sueños que contienen las cajas del bibliobús.

El año pasado contamos con más de 20 voluntarios. Y visitamos, en efecto, todas las wilayas, todas las madrasas, todas las aulas. Cumplimos con creces el calendario que nos dio el Ministerio de Educación. E improvisamos. Voluntarios de todo tipo, algunos con experiencia, otros sin ella. Incluso una gerente de un bibliobús que opera en el Pirineo Catalán, Marta Alós. Unos solos, otros en grupo. Algunos como flautistas de Hammelin, llevando a los niños a la biblioteca siguiendo sus juegos malabares. Para ser el primer año, no estuvo nada mal: empezamos por la fiesta, invirtiendo el orden bíblico. Y en ese ambiente dulce y romántico, de fiesta y simple gozo, los voluntarios inventaron “las tardes del Bubisher”: sesiones de cuentos a la luz de la luna, luchando contra el frío del atardecer con risas y juegos. Y descubrieron, descubrimos a Memona.

Hay que detenerse en ella. La jovencísima Memona marca un antes y un después. Por las mañanas trabaja en una escuela de educación especial, en la wilaya de Smara. Memona, cuando conoció el proyecto, se sumó como voluntaria saharai, la primera, a las tardes del Bubisher. O incluso

se puede decir que fue ella la que dotó a las tardes del Bubisher de su propio contenido.

El descubrimiento de Memona llegó justo cuando aquí empezábamos a intuir que en algo nos estábamos equivocando. Seamos autocríticos. Para empezar, no podíamos seguir queriendo visitar todas las aulas de todas las madrasas de todos los campamentos, porque eso era apenas una hora de fiesta y un desierto alrededor. Y decidimos centrarnos en un solo campamento, el de Smara. Entre 3 y 4.000 niños. Muchos todavía para un solo bibliobús con dos monitoras y un puñado de voluntarios, pero confiamos en que este año el efecto Bubisher se note, que los niños aprendan a leer y escribir más y mejor, que la experiencia provoque la creación de un Bubi por wilaya, por campamento. Primera autocrítica, primera rectificación. Pero hay más, mucho más. Es verdad que el Bubisher era uno de los pocos proyectos que se defendían personalmente, con presencia continua de los voluntarios, durante todo el curso. Es un hábito muy propio de nuestra sociedad de la opulencia ir al tercer mundo, hacer una donación fantástica, y esperar que se mantenga por sí misma. En una sociedad que tiene necesidades básicas sin cubrir, eso es tanto como condenar el proyecto al naufragio, al fracaso. El nuestro hubiera acabado así, de no ser por la cadena de solidaridad y entrega de los más de 20 voluntarios que estuvieron allí el curso pasado. Pero eso no bastaba, no basta. Andábamos pensando que el Bubisher no podía ser un proyecto español con tolerancia saharauí, como mucho con colaboración saharauí, sino que debía ir poniendo las bases para convertirse en un proyecto saharauí con colaboración y financiación española. En junio nos reunimos todos en Madrid, más de cincuenta personas, en dos sesiones tan maratonianas como esclarecedoras, diez horas en total, en las que acordamos contratar a dos monitoras saharauís, además de un conductor. Para darles el Bubisher, para que adaptaran nuestro “invento” a la

idiosincrasia saharauí, o como mucho para llegar a un pacto, a un arreglo entre dos mentalidades distintas, por más que con el mismo objetivo.

Memona, pues, para las tardes del Bubisher, y una maestra, Daryala, aún más joven que Memona, para las mañanas, para las escuelas. Con colaboración española. Unos quince voluntarios nos hemos agolpado ya en las estrechas paredes del Bubisher, e incluso durante una semana fuimos ocho. Pero, milagro, no dábamos abasto, porque cuatro bibliotecarias se dedicaron casi íntegramente a reorganizar el fondo de la biblioteca, a cuarenta grados a la sombra, más de cincuenta en el camión. Y al mismo tiempo, cursos para mujeres jóvenes, partiendo de la lectura, hacia un mayor dominio del español. Sin olvidar, claro está, las mañanas en las escuelas, y las tardes de biblioteca abierta. Hasta curso de fotografía, enseñando a los niños el valor de la luz de su desierto entrando por un agujerito en un pack de leche pintado de negro por dentro.

Ahora nos aguarda la consolidación del proyecto, y para eso necesitamos todas las manos. Por el carácter obvio del voluntariado, dependemos de imponderables que hacen que en ocasiones seamos demasiados, y en otras demasiado pocos. Pero no importa tanto ya, porque en efecto, el Bubisher ya es saharauí. Isparaui, o saharispánico, para ser exactos.

Y eso siempre depende de una buena planificación, de acuerdo con el ministerio de educación de la RASD. Y la tenemos, al menos sobre el papel. Las monitoras han elaborado un horario riguroso, que se cumple con la misma precisión. Y cuatro bubishereros han diseñado un rico y complejo plan de lectura llamado “A por el mar”. Una evidente llamada a los niños para que recuerden que su Sáhara, antes del expolio, tenía mar. Y que incluye, además de cuentos, libros y canciones, un taller de periodismo para que los niños y jóvenes extraigan de sus mayores el recuerdo de aquel mar. Y que finalizará, así lo esperamos, con una fiesta colectiva, todos

vestidos de azul, para que Smara parezca tener playa. Todos menos algunos pequeños, vestidos de blanco, que simularán la espuma. Estos días pasados, cientos de niños cantaban ya en las aulas: ¡Vaya, vaya, vaya, el Sáhara tiene playa!

Por desgracia, el Bubisher está aún naciendo. Con una población de 15.000 escolares que va a ir creciendo con la creación de institutos para la enseñanza secundaria, nuestro trabajo tiene que estar lleno de imaginación, y la actuación de las monitoras y los voluntarios, de multiplicación. En Smara, donde trabajamos este año, contamos ya con la ayuda de maestros y jóvenes. Hemos formado un taller de literatura infantil, porque seguimos pensando que no tenemos que ser nosotros quienes escribamos sus cuentos, sino ellos. Se llama *El Gouwa*, la Fuerza de la Unidad, y el primer cuento, aún en proceso de taller, se llama “El día de mi suerte”. Y nacen clubs de lectura, y se extiende por el campamento un susurro de palabras y sueños.

No sé mucho de bibliotecas. Sé apenas que contienen libros, que se prestan a cambio de un compromiso de devolución. Que son espacios para la libertad interior, la que enseña a conquistar la libertad con mayúsculas. Pero el Bubisher, por fortuna, cuenta con las mejores especialistas, que han hecho de sus cajones de plástico una pequeña obra de arte. Lo sabe mejor Sofía, que se pasó una semana entera reorganizando en el Bubi lo que el ciclón de niños habían sanamente desordenado. Tampoco sé de finanzas, pero el presupuesto del Bubisher es tan modesto que desde nuestra perspectiva es más que asequible. Menos de 12.000 euros al año, para un trabajo enorme, fecundo. ¿De dónde sale? Para empezar, aquí, salvo el personal saharai, no cobra nadie. Al contrario, los voluntarios nos pagamos el viaje. Allí tenemos jaima propia, en estrecha convivencia con nuestros vecinos. Y en España son muchos ya los que colaboran desde

colegios y bibliotecas, con mil iniciativas distintas, cada una modesta, pero en conjunto suficiente. Y un ayuntamiento, el de Fraga, en Huesca, aporta cada año un tercio del presupuesto. Todos juntos, aprendiendo de los niños huevo, aquellos del San Narciso de Marín que un día pusieron en marcha esta maravillosa locura. *El Gouwa*.

Pero sé, sabemos, que si el Bubisher nació de un sueño tenemos la obligación de seguir soñando. Tenemos tantos que no sabemos (o sí, esto es pura retórica) por cuál empezar. Ya tenemos allí un bibliobús, donado por la diputación de Burgos, para abarcar otra *wilaya*. ¿Será posible ponerlo en marcha el próximo curso? Tal vez: dependerá de cómo logremos trabajar en este curso. Y es posible que antes nos decidamos por poner en práctica una idea que acaba de nacer: edificar en el centro de Smara una biblioteca fija que centralice las funciones básicas: almacenamiento, reuniones, clubes de lectura y préstamo. Sin quitarle nada al Bubisher móvil, sino complementándolo, haciéndolo mejor. Algunos de nosotros estuvimos en Medellín, Colombia, y pudimos comprobar el efecto magnífico de las grandes bibliotecas fijas. La nuestra no será grande, claro está, porque no tenemos un respaldo económico tan potente. Contrataremos a un bibliotecario saharauí y nos nutriremos de voluntarios para ayudarle. Y será un principio.

El bubisher es un pájaro pequeño y humilde. Blanco y negro, los colores de la buena suerte, los colores de la boda. Dicen que anuncia la buena suerte. No es más que un pequeño pájaro, sí. Pero tiene alas. Y ya vuela. Y pide tripulantes para su vuelo, para su sueño. Alguno de vosotros, tal vez, estará dentro de unos meses en él, sorteando baches por los campos de refugiados del Sáhara. Reorganizando el fondo de la biblioteca. Contemplando estrellas por la noche, tumbado en el haus. Cazando

estrellas fugaces. Comparándolos con el brillo de los ojos de los niños a los que habrá contado un cuento por la mañana o por la tarde.

Inchaláh. Y como te habrá dicho una niña morena esa misma mañana, sukrán. Sukrán hat. Gracias. Gracias muchas.